me mudo á otra parte, porque mañana por la mañana vendrán á quitar y á llevar las tejas; mande vuestra merced enviar ó ir allá, y verán lo que pasa.» Con esto me despedí della, y otro dia, desde lejos, puesto a una esquina, me puse á ver el alboroto, que fué muy para ver: los unos á destejar, la buena señora por defender su hacienda; en resolucion, dió querella del albañil pobre, y no solo no quitó las tejas, empero le pagó las puertas. Con esto pasé algunos dias, encerrado en casa con muy gentil brasero, hasta que ya no me buscaban, pasado aquel primero movimiento. Hacíase un dia en San Agustin una fiesta, y como las tales lo eran para nosotros, acudí á ella, y sentíle á un hidalgo bulto de dineros en la faltriquera debajo de la espada, y al pasar por un paso estrecho levantésela un poco, y metiendo la garra, díle tumbo en ella, sin que real se me escapase; mas la inquietud me impedia poder sacar la mano llena, que venia colmada, y fué forzoso caérseme mucha parte dellos en el suelo. Pues como estaba ladrillado el claustro, y hiciesen al caer mucho ruido, dejélos caer todos, y metiendo la mano en mi faltriquera, allí en un punto saqué della un lienzo, y dando voces á la gente que se desviase, porque por sacar aquel lienzo se me habia derramado aquel dinero, todos hicieron lugar; y el buen señor á quien se los habia robado, movido de caridad, oyendo mis lástimas, que decia irlos á pagar á un mercader, se bajó conmigo al suelo, y me los ayudó á recoger, sin que faltase blanca. Díle las gracias por ello, y fuime muy contento á mi casa.

De aquí le nació el pico al garbanzo: este hurtillo fué mi perdicion, siendo el último que hice, y el que mas caro de todos me costó; porque aunque algunas veces me habian tenido preso por semejantes heridas, de todas habia salido á buen puerto; con dineros negociaba cuanto queria, y allí no se trata de otra cosa, sino de buscar de comer cada uno; mas esta vez no me valieron triunfos, que los habia renunciado. Como me ví con dineros, quise prevenir primero que se gastasen, de dónde valerme de otros; porque siempre que con mi habilidad podia socorrer la necesidad, no buscaba pesadumbres. Yo me hallaba con algunos bolsos de los que habia cortado, y algunas piececillas que dentro dellos habia cogido; dí á guarnecer uno, el mejor que me pareció, y metiéndole dentro seis escudos en tres doblones de oro, cincuenta reales en plata, un dedal de plata y cuatro sortijas, lo llevé á mi madre, y se lo enseñé muy de espacio, y aun se lo dí por escrito que lo fuese decorando, sin que se le pudiese olvidar letra, por lo que importaba la buena memoria. Y bien instruida en lo que después habia de hacer, me fuí á la celda de cierto famoso predicador, en opinion de un santo, y dije: «padre mio, soy un pobre forastero, vine á esta ciudad, y estoy en ella muy necesitado; deseo de acomodarme; si hallase alguna casa honrada donde tuviese una poca de quietud en el alma, que solo eso pretendo; y no repararia en el salario; porque con un honesto vestido y una limitada comida para poder pasar, no tengo ni quiero mas granjería. Y aunque me veo tan afligido y roto, que por mal vestido no hallaré quien de mí se quiera servir, y pudiera muy bien valerme, socorriendo mi necesidad en esta ocasion, tengo por mejor padecerla, esperando en el Señor, que condenar mi alma, ofendiendo á su divina Majestad, en usurpar á nadie su hacienda. No permita el Señor, que bienes ajenos me saquen de trabajos corporales, dejándome dañada la conciencia. Yo salí esta mañana de mi casa para ir á buscar donde trabajar, con que comprar un pan que comer, y me hallé aquesta bolsa en medio de la calle; quise ver qué tenia dentro, y cuando sentí ser dineros, la volví á cerrar, con temor de mi flaqueza, no me obligase á hacer cosa ilícita. Vuestra paternidad la reciba; y pues el domingo ha de predicar, la publique. Podria ser, que pareciese su dueño y tener della mas necesidad que yo; ayúdele Dios con ella, que no quiero mas bienes de aquellos con que su divina Majestad ha de ser mejor de mí servido.»

El fraile, cuando me oyó y vió tan heróica hazaña, creyó de mí ser algun santo; solo le faltó besarme la ropa, y con palabras del cielo me dijo: «hermano mio, dadle á Dios muchas gracias, que os ha dado claro entendimiento y ciencia de lo poco que valen los bienes de la tierra; confiad que quien os ha comunicado ese tal espíritu, también os dará lo que le cuesta menos, y tiene dada su palabra. El que á los gusanillos, á las mas desventuradas y tristes gusarapas y sabandijuelas no falta, también os acudirá con todo aquello de que os viere necesitado. Esta es obra sobrenatural y divina, que pone admiracion á los hombres, y da motivo á los ángeles que le alaben, por haber criado tal hombre, don suyo es, reconóceselo; y dadle por todo alabanzas, perseverando en la virtud. Yo haré lo que me pedis, y volvé por acá un dia de la semana que viene, que yo confio en el Señor que os ha de hacer mucho bien y merced.» Cuando aquesto me decia, me daba lanzadas en el corazon, porque consideraba su mucha santidad y sencillez, con mi grande malicia y bellaquería; pues con tan mal medio lo queria hacer instrumento de mis hurtos, reventáronme las lágrimas, creyó el buen santo que por Dios las derramaba, y también como yo se puso tierno.

Esto se quedó así hasta el domingo, que fué dia de Todos los Santos, y cuando fué á predicar, gastó la mayor parte de su sermon en mi negocio, encareciendo aquel acto, por haber sucedido en un sujeto de tanta necesidad; exagerólo tanto, que movió á compasion á cuantos se hallaron para hacerme bien. Así le acudieron con sus limosnas que me las diese. Luego lunes por la mañana mi madre acudió á la portería, preguntó por aquel padre, diciendo tener con él un caso importantísimo; y como la vió el portero tan angustiada, se lo llamó al momento; cuando se vió con él, asióle de las manos y de los hábitos; echándose de rodillas por el suelo hasta querer besarle los piés, y díjole, que la bolsa era suya, que por un solo Dios se la diese: díole las señas de todo, como quien bien las tenia estudiadas, y el fraile se la entregó, conociendo ser verdaderas. Cuando mi madre la vió en sus manos, abrióla, y sacando un doblon de los tres que dentro tenia, se lo dió al padre que me lo diese de hallazgo, y cuatro reales para dos misas á las ánimas de purgatorio, á quien dijo que la tenia encomendada. Cobró con esto su bolsa, y llevómela luego á la posada, sin faltar ni un alfiler de toda ella; que aun con cuidado le metí dentro un papelillo dellos, porque pareciese todo ser cosa de mujer. Después de pasado esto de allí á dos dias, miércoles por la tarde, fuí á visitar á mi fraile, que ya me tenia un cofre de vestidos, que pudiera bien romper diez años, y dinero que gastar por algunos dias; diómelo con alegre rostro, y mandóme que volviese otro dia, que tenia una buena comodidad que darme.

Fuíme, y volví cuando me habia dicho; y después de preguntarme si sabia escribir, y que le enteré de mi habilidad, me dijo, que cierta señora que tenia su marido en las Indias buscaba una persona tal, que le administrase su hacienda en la ciudad y en el campo; que si era cosa de mi gusto le avisase, para que tratase dello. Yo luego, después de darle las gracias, dije: «padre mio, lo que toca al trabajo de mi persona, la solicitud y fidelidad que se debe solo eso podré ofrecer; empero no soy desta tierra ni tengo quien me conozca: si esa señora me tiene de fiar su hacienda, querrá juntamente quien á mí fie, y no lo tengo; solo este inconveniente hallo; vea vuestra paternidad agora lo que fuere servido que haga.» El respondió que seria mi fiador, y por aquello no lo dejase; acetélo de buena voluntad, viendo ir por aquel camino mi negocio bien guiado: que no hay cosa tan fácil para engañar á un justo, como santidad fingida en un malo.

CAPITULO VII.

Después de haber entrado Guzmán de Alfarache á servir á una señora, la roba; prendenlo y condénanlo á las galeras por toda su vida.

Tanta es la fuerza de la costumbre, así en el rigor de los trabajos como en las mayores felicidades, que siendo en ellos importantísimo alivio para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen mas duro de sufrir el sentimiento dellos cuando faltan. Quita y pone leyes, fortaleciendo las unas y rompiendo las otras; prohibe y establece como poderoso príncipe, y consecutivamente á la parte que se acuesta; lleva tras de sí el edificio, tanto en el seguir los vicios cuanto en ejercitar virtudes. En tal manera, que si á la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder fácilmente, y juntándose á lo malo, con grandísima dificultad se arranca. No hay fuerzas que la venzan, y tiene poder sobre todo caso. Algunos la llamaron segunda naturaleza; empero por esperiencia nos muestra que aun tiene mayor poder, pues la corrompe y destruye con grandísima facilidad. Si amargo apetece, con tal artificio lo conserva y endulza, que, como si tal no fuese, lo vuelve suave; y acompañada con la verdad, es el monarca mas poderoso, y su fortaleza inespugnable. ¿Quién sino ella hace al pobre pastor asistir en los desiertos campos, en la hondura de los valles, en las cumbres de los empinados montes y sierras, contra las inclemencias del riguroso invierno, sufriendo tempestades, continuas pluvias, vientos y aires, y en el verano riguroso sol que tuesta los árboles, abrasa las piedras y derrite los metales? Y siendo su fuerza tanta, que hace domesticarse las fieras mas fieras y ponzoñosas, refrenando sus furias y mitigando sus venenos, el tiempo la gasta, con él se labra y solo á él sujeta; porque para con él son sus telas de araña, hecha contra un elefante; que si ella es poderosa, él es prudente y sabio; y como el ingenio suele sobrepujar á todas humanas fuerzas, así el tiempo á la costumbre. Sigue la noche al dia, la luz á las tinieblas, al cuerpo la sombra: tienen perpetua guerra el fuego con el aire, la tierra con el agua, y todos entre sí los elementos. El sol engendra el oro, da ser y vivifica; desta manera el tiempo sigue, persigue y fortalece á la costumbre. Hace y deshace, obrando sabiamente con silencio, segun y por el órden mismo que acostumbra ella con las continuas gotas cavar las duras piedras. Es la costumbre ajena, y el tiempo nuestro; él es quien le descubre la hilaza, manifestando su mayor secreto, haciendo con el fuego de la ocasion ensayo de sus artes. Con esperiencia nos enseña los quilates de aquel oro, y el fin adonde siempre van sus pretensiones encaminadas, y quien conmigo no tuvo alguna misericordia, pues en breve hizo público lo que siempre con instancia procuré que fuese oculto.

Todo lo dicho se verificó bien de mí en propios términos y casos. ¡Oh cuántas veces, tratando de mis negocios, concertando mis mercaderías, dando mis logros, fabricando mis marañas por subir los precios, vendiendo con esceso mas al fiado que al contado, el rosario en la mano, el rostro igual, y con un en mi verdad en la boca (por donde nunca salia) robaba públicamente de vieja costumbre, y descubriólo el tiempo! ¡Quién y cuántas veces me oyeron y dije: «prometo á vuestra merced, que me tiene mas de costo, y no gano un real en toda la partida, y si la doy barata es porque tengo de dar unos dineros para el tiempo;» y daba otras causas, no habiéndolas para ello mas de querer ganar á ciento por ciento de su mano á la mia! ¡Cuántas veces también, cuando tuve prosperidad y trataba de mi acrecentamiento (por solo acreditarme, por sola vanagloria, no por Dios, que no me acordaba ni en otra cosa pensaba que solamente parecer bien al mundo y llevarlo tras de mí, que teniéndome por caritativo y limosnero viniesen á inferir que tendria conciencia, que miraba por mi alma, y hiciesen mas de mí confianza) hacia juntar á mi puerta cada mañana una cáfila de pobres, y teniéndolos allí dos ó tres horas, porque fuesen bien vistos de los que pasasen, les daba después una flaca limosna, y con aquella nonada, que de mí recibian, ganaba reputacion para despues mejor alzarme con haciendas ajenas! ¡Cuántas veces de mi pan partí el medio (no quedando hambriento, sino muy harto), y con aquella sobra, como se habia de perder ó darlo á los perros, lo repartí en pedazos, y lo dí á pobres; no donde sabia padecerse mas necesidad, sino donde creí que seria mi obra mas bien pregonada! ¡Y cuántas otras veces, teniendo sangriento el corazon y dañada la intencion, siendo naturalmente pusilánime, temeroso y flaco, perdonaba injurias, poniéndolas á cuenta de Dios en lo público, quedándome dañada la intencion de secreto, con secreto lo disimulé, y en público dije: «sea Dios loado,» siendo de mí verdaderamente ofendido, pues maldita otra cosa que impidió mi venganza, sino hallarme inhábil para ejecutarla, porque viva la tenia dentro del alma! ¡Cuán abstinente me mostré otras veces, qué ayunador y reglado, no mas de por parecerlo, para poder guardar mas y gastar menos; que cuando de ajena sustancia comia, cuando de lo del prójimo gastaba, un lobo estaba en mi vientre, nunca pensaba verme harto! ¡Que continuamente visitaba los templos, asistia en las cárceles, por acreditarme con los ministros oficiales dellas, no por los presos, antes por si alguna vez me viese preso, que ya me conociesen, y mas me respetasen! Si acudí á los hospitales, anduve romerias, frecuente devociones, royendo altares, no faltando á sermon de fama, en jubileo ni á devocion pública, todos aquellos pasos eran enderezados á cobrar buena fama para mejor quitar al otro la capa.

Pues, no se me olvida, que hartas y muchas veces me decian, y supe de algunas cosas muy secretas, que por serlo tanto, cuando después trataba dellas con sus dueños mismos, aconsejándolos ó corrigiéndolos en ellas, entendian de mí que debia saberlo por divina revelacion, y así lo daba yo á entender por indirectas, ganando con aquello grandísima reputacion, en especial con mujeres y jitanas, que tras esto corren como el viento, fáciles en creer y lijeras en publicar, de cuyas bocas iban esparciéndose mas mis alabanzas. Hartas y muchas veces, cuando algun pobre se quiso valer de mí, como tenia tanta y tal reputacion, pedia limosna públicamente para él á los que me conocian, y juntando mucho dinero, le daba muy poco, quedándome con ello; quitaba para mí la nata y dábales el suero. Si queria hacer alguna muy grande bellaquería, lo primero que para ello procuraba, era prevenirme de una muy hermosa y grande capa de coro con que cubrirla, para mejor disimularla, con santidad, con sumision, con mortificacion, con ejemplo, y asolaba por el pié cuanto queria. Si no, vedlo agora, con cuánta facilidad engañé á este santo; y no fué solo este daño el que hice, mas otro mayor se siguió, que fué dejarle fallida la opinion: á lo menos pudiéralo quedar cuando tan bien zanjada no la tuviera, que instrumento habia yo sido, y causa tuve dada de harto perjuicio contra su buena reputacion.

Asentóme con aquella señora, creyendo de mí que le sirviera con toda fidelidad, segun pudo presumirse de los actos que mostré de tanta perfecion. Dióme mucho crédito con el abundante caudal del suyo; recibióme con voluntad en su servicio, fióme su hacienda y familia; dióme un muy honrado aposento, regalada cama y todo servicio; acaricióme, no como á criado, mas como á un deudo y persona de quien creia que le haria Dios por mí muchas mercedes. Pediame muchas veces le rezase una Ave-María por la salud y buen suceso de su esposo. Respondíale á todo como un oráculo, con tanta mortificacion que le hacia verter lágrimas. Con esto la engañé, la robé, y sobre todo la injurié, ofendiendo su casa; pues teniendo

en ella para su servicio una esclava blanca, que yo mucho tiempo creí ser libre, tal en cautelas, ó peor que yo, me revolví con ella. *No sé cómo nos olimos, que tan en breve nos conocimos:* á pocos dias de entrado en casa, no habia órden para poderla echar de mi aposento, en son de santa para los demás, y por todo estremo disoluta conmigo, como si fuera criada en la casa mas pública del mundo; y con tal sagacidad, que otro que yo entre todos los criados, ni su ama misma, le alcanzaron á conocer aquel secreto, y con él me regalaba tanto, que siempre abundaba mi caja de colaciones, como si fuera una confitería. Proveíame de toda ropa blanca, bien aderezada, olorosa y limpia; su señora gustaba dello, porque á los dos nos tenia por santos. Dábame dineros que gastase, sin que yo tampoco supiese al cierto de dónde los habia, quién ó cómo se los daba; bien que se me traslucian algunas cosas; mas por no caer de mi punto, no quise ser curioso en apurarlas; y para nunca perderla, en cuanto yo allí estuviese, y mejor poder obligarla, íbala sustentando con palabras y esperanzas, que teniendo con qué, buscaria manera cómo ahorrarla, y me casaria con ella.

Esto le hacia desvelarse y enloquecer en mi servicio; porque segun el amor que le fingí, aunque muy astuta, siempre lo tuvo por cierto, como si yo no fuera hombre y ella esclava. No sabia mi ama de mas hacienda ni mas poseia de aquello que yo le daba; la de la ciudad estaba en mi mano, y juntamente gobernaba la del campo, y toda la esquilmaba; porque mi desinio era hacer una razonable pella, y dar conmigo lejos de allí á buscar nuevo mundo. Queríame pasar á las Indias, y aguardaba embarcacion como quiera que fuese; mas no lo pude lograr; que conociendo mi ama su cierta perdicion, que los caseros le decian haberme ya pagado, los pastores que vendia los ganados, el capataz que sacaba los vinos de las bodegas, y que de todo no via blanca, porque me alzaba con todo, determinóse á comunicarlo á solas con un hidalgo deudo suyo; díjole la mala cuenta que daba de todo, que le pusiese conveniente remedio. El, sin decirme palabra, ya cuando yo andaba en vísperas de alzar las eras, muy descuidado y libre de tal suceso, estando durmiendo la siesta con mucho reposo, dió un alguacil sobre mí, prendióme, y sin decir por qué ni cómo, sino que allá me lo dirian, me llevó á la cárcel. Esto se hizo, porque no se alborotase la casa ni el barrio con algunas libertades mias, cuando supiese por cuya órden me prendian. Iba yo por el camino suspenso y mentecato; ya juzgaba si fuese requisitoria de Italia, ya si de mis acreedores en Castilla, ó si de mis nuevos hurtos no purgados en aquella ciudad. Y aunque de cualquiera cosa destas me pesaba, sentia mucho perder aquel pesebre, que con el mal nombre faltaria mi estimacion, y no me acudirian como antes; mas paciencia. Gracias á Dios, que ya está desgracia sucedió á tiempo, que me halló de corona; que como mi madre vivia por sí, poco á poco le iba llevando todo cuanto recogia, y ella me lo guardaba; después abrieron mi caja, y no hallaron en ella mas que una bula del año pasado y trastos viejos. Acudieron á la cárcel á pedirme cuenta; díla tan mala, como se puede presumir de quien solo cobraba y nunca pagaba. No hay tales cuentas como las en que se reza. Hiciéronme terrible cargo, quedóse la data en blanco; acudieron al fraile dándole cuenta del caso; él, como prudente, ni condenó ni absolvió hasta darme á mi un oido, y juzgar después de informado de ambas partes.

Vinome á visitar á la cárcel, neguéselo todo á pié juntillo, afirmando ser falso testimonio que me levantaban, y estar tan inocente, que ninguno lo era mas en el mundo de aquel negocio; y así esperaba en Dios, que como libró á José y á Susana, no se descuidaria de mi verdad, ni dejaria perecer mi justicia; mas que todo aquello y castigos mayores merecian mis culpas, por otras ofensas mias contra su divina Majestad cometidas. El buen religioso no sabia qué ni á quién habia de dar crédito; quedó perplejo, y en caso de duda, se acostó por entonces á la parte del caido, socorriendo á lo mas flaco. Estúvome consolando con palabras, prometiéndome su solicitud en mi defensa, encomendando mis negocios al Señor, que me librase y tuviese de su mano. Despidióse de mí, fuése al oficio del escribano para quererme abonar, pidiéndole por caridad que mirase mucho por mi causa, que me tenia sin duda por varon santo. Mas cuando el escribano le oyó decir esto, riéndose mucho dello, sacó los procesos que contra mí tenia, y haciéndole relacion de las causas, diciéndole quién yo era, los hurtos que habia hecho y embelecos de que usaba, corrióse; y con toda la sencillez del mundo, sin creer que me dañaba, le contó el caso que con él me habia pasado, y por el órden que me habia conocido, de donde habia resultado acreditarme tanto, porque no lo tuviesen por hombre falto, que se movia sin causas en mi defensa.

Cuando el escribano le oyó, sintió en el alma mi maldad, que así hubiese querido burlar á un tan grave personaje; indióse contra mí de manera, con un coraje tan encendido, que si en su mano fuera me ahorcara luego. Dejó el oficio, fué á casa del teniente, hízole relacion de palabra, y tal que lo puso de su misma tinta, y afrentado dello, como si les hubiera dado poder en causa propia, me cogieron á cargo, haciéndome de aquel otro nuevo; y mandándome agravar prisiones, dijeron al alcaide que me tuviera en un calabozo. No me cogió tan desnudo este dia que me faltasen dineros con que sustentar la tela y hacer la guerra; mas es la cárcel de calidad como el fuego, que todo lo consume, convirtiéndolo en su propia sustancia. Largas esperiencias hice della, y por mi cuenta hallo ser un molino de viento y juego de niños; ninguno viene á ella que no sea molinero y muela, diciendo que su prision es por un poco de aire, un juguete, una niñería; y acontece á veces traer á uno destos por tres ó cuatro muertes, por salteador de caminos, ó por otros atrocísimos y feos delitos. Ella es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos, donde cada uno grita y trata de sola su locura. Siendo todos reos, ninguno se confiesa por culpado, ni su delito por grave. Son los presos della como la parra de uvas, que luego que comienzan á madurar cargan avispas en cada racimo, y sin sentirse los chupan, dejando solamente las cáscaras vacías en el armadura, y segun el tamaño, así acude la enjambre. Cuando traen á uno preso le sucede lo propio: cargan en él oficiales y ministros hasta no dejarle sustancia; y cuando ya no tiene que gastar, se lo dejan allí olvidado, y esto seria menos mal, respeto de otro mayor que acostumbran, dándole luego con la sentencia como á pobre, dejándolo perdido y desbaratado.

Luego, como lo entregan al primer portero en la puerta principal de la calle, le hacen el tratamiento que su bolsa merece; que aquel portero hace como el que compra, que nunca repara en la calidad que tiene quien vende, sino en lo que vale la cosa que le venden; así á él no se le da un real, que sea el preso quien fuere; solo repara en lo que le dieres. Cuando el caso no es de calidad, ni tiene pena corporal que nazca de atrocidad, como seria muerte, hurto famoso, pecado feo y otros cuales aquestos, déjanlo andar por la cárcel, habiéndoselo pagado: era mi prision primera, hasta que diera fianzas de estar á derecho por aquella deuda; ya me conocian, todos nos entendíamos; éramos camaradas, contentélos, y quedéme abajo con ellos, aunque siempre tuve ojo á si pudiese con buen seguro coger la puerta, y esperaba mejor comodidad para hacerlo. Mas desde que asomé por vistas de la cárcel, y después de ya dentro della estuve rodeado de veinte procuradores, que con su pluma y papel escrebian mi nombre, y la causa de mi prision, facilitándola todos. El uno decia ser su amigo el juez; el otro el escribano; el otro que dentro de dos horas haria que me diesen en fiado; decia otro, que mi negocio era cosa de burla, que por los aires me haria soltar luego con seis reales; cada uno se hacia señor de la causa, y decia pertenecerle; aqueste, porque me acompañó desde que me vió traer preso, y se previno conmigo del negocio; aquel, porque yo le rogué que me fuese á llamar á un amigo escribano, allí junto á la cárcel; otro, porque fué quien primero escribió y tenia ya hecha peticion para el teniente; mas de todos ellos entre mí me reia, porque los conocia y sabia su trato, que solo viven de coger de ante mano lo que pueden, y después con dos yuntas de bueyes no les harán dar paso, y hubo alguno dellos, que, teniendo poder para defender á un ladron, entró á pedirle dineros para hacer el interrogatorio, después de rematado á las galeras.

Estando altercando todos cuál habia de procurar mi negocio, entró rompiendo por ellos, muy confiado y hecho señor dél, cierto procurador que antes lo habia sido mio en las causas criminales, y dijo: «¿acá está vuestra merced?» Díjele que sí, pues me habian preso, y díjome: «¿pues qué ha sido la causa?» Y cuando se la hube dicho, respondióme: «ríase vuestra merced dello, y calle; ¿tiene ahí algun dinero que llevemos al escribano, y daré luego peticion al teniente para que le mande soltar con fianzas de la haz? Y si no lo proveyere, lo llevaremos á la sala mañana, y esos señores lo mandarán luego. Yo hablaré á uno dellos, que es gran señor mio, y no estará vuestra merced aquí á medio dia.» Cuando los otros oyeron esto, dijeron: «¿qué, qué? ¡Oh, qué gentil manera de dar peticion! ¿Estamos aquí veinte hombres dos horas ha trabajando en el negocio, y viénese agora muy de su espacio á querer escribir en él?» Mi procurador les dijo: «señores, aunque vuestras mercedes hubieran escrito en él dos meses ha, en llegando yo, habia de ser negocio mio, que aqueste caballero es muy mi grande amigo, y despáchole yo sus negocios todos; bien pueden irse con Dios y dejarlo.» Ellos, cuando le oyeron, replicaron: «¡oh, que lindito! ¡Qué gentil manera de negociar, y qué buena flor se porta, y con qué nos viene agora sus manos lavadas á querer llevar la causa! Váyase norabuena, que aqueste caballero verá la razon, y dará su poder á quien quisiere; no tengamos aquí voces.» El que sí, los otros que no, asiéronse de manera que se vinieron á decir quiénes eran, sin dejar mancha por sacar, y la manera con que robaban á los presos, que fué un coloquio, para quien los oyó, de mucho entretenimiento, por ser de verdades, representado al vivo, y es trato comun suyo este de cada hora y con cada preso.

Ya, cuando los hubieron metido en paz, me llegué á mi dueño viejo, y pedíle que acudiese á lo necesario, que yo lo pagaria: díle cuatro reales, y no lo volví á ver en aquellos quince dias. Bien sabia yo ya lo que habia de hacer, y que por solo aquello venia, por asegurar la olla del dia siguiente, y tener con que salir á la plaza; mas fuéme forzoso elegirlo á él por temor que tuve, que como sabia mis causas viejas, á dos por tres descornara la flor, y me hiciera en dos horas juntar un ciento dellas. Y si así como así, ó porque callase ó porque procurase, le habia de pagar, tuve por mejor que fuese mi procurador, aunque aquel no era negocio de muchas tretas, y solo consistia en dineros. Mas después, cuando me vinieron á encomendar por el embeleco, que se vinieron á juntar las causas, lo hube bien menester. Ya iba el negocio de veras, pasáronme arriba; quisieron echarme grillos, redimílos á dineros; pagué al portero, á cuyo cargo estaban, y al mozo que los echa; al escribano acudia, las peticiones anduvieron, daca el solicitador, toma el abogado; poquito á poquito, como sanguijuelas, me fueron chupando todo la sangre, hasta dejarme sin virtud. Quedé como el racimo seco en las cáscaras. A todo esto no es bien pasar en silencio lo que con mi dama me pasaba, pues cada mañana, luego en amaneciendo, llovia sobre mí el maná; en ella hallaba mi remedio, proveyéndome de todo lo necesario. Y en el rigor de mi prision, habiéndome sentenciado el teniente á galeras, me envió una carta, que por ser donosa me pareció hacer memoria della, y porque también es bien aflojar al arco la cuerda, contando algo que sea de entretenimiento. Decia desta manera:

«Sentenciado mio: la presente no es para mas de que dejeis la tristeza y tomeis alegría; baste que yo no la tenga por tí, mi alma, desde el dia de Santiago, á las dos de la tarde, que te prendieron durmiendo la siesta, que aun siquiera no te dejaron acabar de reposar, y mas la que hoy he recebido, con que me han dicho que ya te sentenció el teniente á doscientos azotes y diez años de galeras. Malos azotes le dé Dios, y en malas galeras él esté; bien parece que no te quiere como yo, ni sabe lo que me cuestas. Díceme Juliana, que te diga que apeles luego; apela veinte veces, y mas las que te pareciere, y no se te dé nada, que todo se remediará con el favor de Dios y ese señor teniente; aun bien que no te has de quedar ahí para siempre, que para esta cara de mulata, que se ha de acordar de las lágrimas que me ha hecho verter, que han sido tantas, que por poco lo hubiera dado á sentir á todo e mundo. Y mas lo hubiera dado á sentir, si no fuera po temor de quedar ahogada en ellas, y después no gozarte que á fe que te tengo ya pesado á ellas, y sacaréte á nado de aquese calabozo donde tienes mi alma encadenada. Juliana dirá los cabellos que me saqué de la cabeza cuando me lo dijeron; ahí te lleva veinte reales para tu pleito y con que te huelgues, porque te acuerdes de mí, aunque yo sé cuando para mí no eran menester estos proverbios, y en un momento que me apartaba de tí para echar carbon á la olla, se te hacian mil años. Acuérdate, preso mio, de lo que te adoro, y recibe aquesa cinta de color verde, que te doy por esperanza que te han de ver mis ojos presto libre. Y si para tus necesidades fuere menester venderme, échame luego al descubierto dos hierros en esta cara, y sácame á esas gradas, que yo me tendré por muy dichosa en ello. Dícesme que Soto, tu camarada, está malo, de que se burló mucho el verdugo con él, hasta hacerlo músico. Hame pesado que un hombre tan principal haya consentido que aquese hombrecillo vil y bajo se le atreviese, y que de miedo suyo haya dicho lo suyo y lo ajeno. Dale mis encomiendas, aunque no le conozco, y díle que me pesa mucho, y parte con él de aquesa conserva, que para tí, bien mio, la tenia guardada. Mañana es dia de amasijo, y te haré una torta de aceite con que sin vergüenza puedas convidar á tus camaradas. Envíame la ropa sucia, y póntela limpia cada dia, que pues ya no te abrazan mis brazos, cánsense y trabajen en tu servicio para las cosas de tu gusto. Mi ama jura que te ha de hacer ahorcar, porque dice que la robaste; harto mas tiene robado ella á quien tú sabes; ya me entiendes, y *á buen entendedor pocas palabras.* Si Gomez, el escudero, te fuere á ver, no le hables palabra, que es hombre de dos caras y se congracia con todos, y es amigo de taza de vino. De todo te doy aviso; y porque aquesta no es para mas, ceso, y no de rogar á Dios, que te me guarde y saque de aquese calabozo. Fecha en este tu aposento á las once de la noche, contemplando en tí, bien mio. — Tu esclava hasta la muerte.»

Aquesta mantuvo la tela todo el tiempo de aquel trabajo, porque los gastos eran muchos; y por mucho que habia recogido, todo se deshizo como la sal en el agua. También mi madre cuando vió mi pleito mal parado, díjome que la robaron; y á lo que yo entendí fué, que se quiso quedar con ello. Fuéme forzoso hacerme con los demás, y andar al hilo de la gente. Mi pleito anduvo, el dinero faltó

para la buena defensa, no tuve para cohechar al escribano, estaba el juez enojado, y echóse á dormir el procurador; pues el solicitador, pajas. Ya no habia sustancia en el gajo, fuéronse las avispas, dejáronme solo; confirmaron la sentencia, con que los azotes fuesen vergüenza pública, y las galeras por seis años. Cuando me ví galeote rematado, rematé con todo al descubierto; jugaba mi juego sin miedo ni vergüenza, como esclavo del rey, que nadie tenia ya que ver conmigo. Pero muy consolado, que también á mi camarada Soto lo condenaron á lo mismo, y salimos en una misma colada. Y así como estuvimos en la prision juntos y en un calabozo, y pasamos la misma carrera, quisiera que nos conserváramos; á él y á mí nos hubiera ido mejor; mas como verás adelante, salióme zaino. Era muy gentil aserrador de cuesco de uva; siempre habia de ser su taza *de profundis*, que hiciese medio azumbre, y esto lo descompuso en el ansia, que por haberse puesto á orza, cantó llanamente á las primeras vueltas.

Viéndome ya rematado, y sin algun remedio ni esperanza dél, quise probar mi ventura; mas no la tuve nunca, y fuera milagro, que no me faltaba entonces. Híceme por quince dias enfermo, no salí del calabozo, ni me levanté de la cama, y al fin dellos, ya tenia prevenido un vestido de mujer, con una navaja me quité la barba y vestido, tocado y afeitado el rostro, puesto mi blanco y poco de color; ya cuando quiso anochecer, salí por las dos puertas altas de los corredores, que ninguno de los porteros me habló palabra; y tenian ambos buena vista, sus ojos claros ó sanos; mas cuando llegué abajo á la puerta de la calle, y quise sacar el pié fuera, puso el brazo delante del postigo un portero tuerto de un ojo, que á Dios pluguiera y del otro fuera ciego, detúvome, y miróme, reconocióme luego, y dió el golpe á la puerta. Yo iba prevenido de muy gentil terciado para lo que pudiera sucederme: quiso mi desgracia que lo saqué á tiempo que ya no me pudo aprovechar; criminóse con esto mi delito, hiciéronme volver arriba, y fulminándome nueva causa, me remataron por toda la vida. Y no fué poca cortesía, no pasearme con aquel vestido, como se hizo alguna vez con otros. *Pensé huir el peligro, y dí en la muerte.*

CAPITULO VIII.

Sacan á Guzmán de Alfarache de la cárcel de Sevilla, para llevarlo al puerto á las galeras; cuenta lo que pasó en el camino y en ellas.

Galeote soy, rematado me veo, vida tengo de hacer con los de mi suerte, ayudarles debo á las faenas para comer con ellos. Híceme de la banda de los valientes, de los de Dios es Cristo; púseme mi calzon blanco, mi media de color, jubon acuchillado y paño de tocar, que todo me lo enviaba mi dama, con esperanzas que aun habia de pasar aquel tiempo, y habia de tener libertad. Con esto y cobrando mis derechos de los nuevos presos, pasaba gentil vida y aun vida gentil; que tal es la de los tales, como yo, cuando se hallan allí en aquel estudio. Cobraba el aceite, prestaba sobre prendas un cuarto de un real por cada dia, estafaba á los que entraban, dábales culebras, libramientos y pesadillas, porque allí aunque se conoce á Dios, no se teme: tiénenle perdido el respeto como si fueran paganos; y por la mayor parte los que vienen á semejante miseria son rufianes y salteadores, gente bruta; y por maravilla cae, ó por desdicha grande, un hombre como yo; y cuando sucede, acaso es que le ciega Dios el entendimiento, para por aquel camino traerlo en conocimiento de su pecado, y á tiempo que con la clara vista lo conozca, le sirva y se salve.

Hubo en mi tiempo un rufián, que teniéndolo sentenciado á muerte, y puesto en la enfermería para sacarlo el dia siguiente á justiciar, viendo jugar en tercio á los que lo guardaban, se levantó del banco, y se fué para ellos, como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena, y preguntándole dónde iba, dijo: «acá me vengo á pasar el tiempo un rato.» Las guardas le dijeron, que se ocupase rezando y encomendándose á Dios, y respondióles: «ya tengo rezado cuanto sé, y no tengo mas que hacer; barajen y echen por todos, y tráigase vino, con que se ahogue esta pesadumbre.» Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: «díganle á ese hombre que es para mí; basta, no digan mas, y juguemos, que juro á Cristo, que no entiendo en lo que ha de parar este negocio.» A este son bailan todos: otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello, y llevar el bigote levantado, ha de ser su salvacion. Y como en buena filosofía, los manjares que se comen vuelven los hombres de aquellas complexiones, así el trato de los que se tratan; de donde se vino á decir: *no con quien naces, sino con quien paces.*

Ya yo era uno destos, y como bárbaro queria ocupar un poco de dinerillo que tenia, en alquilar uno de aquellos bodegones de la cárcel; mas temiendo el dia que pudieran tocar al arma, y por no dejar perdido el empleo, no lo hice, y acertélo; que como ya hubiese número de veinte y seis galeotes, y trujésemos inquieta la cárcel, temió el alcaide no le hiciésemos algun guzparato por donde nos despareciésemos: hizo diligencia en descargarse de nosotros. Un lunes de mañana nos mandaron subir arriba, y dando á cada uno el testimonio de su sentencia, nos fueron aherrojando, y puestos en cuatro cadenas, nos entregaron á un comisario, que nos llevase nuestro poco á poco un rato á pié y otro paseándonos. Desta manera salimos de Sevilla con harto sentimiento de las izas, que se iban mesando por la calle, arañándose las caras por su respeto cada una, y ellos, los sombreros bajos encima de los ojos, iban como corderos mansos y humildes; no con aquella braveza de leones fieros que solian, y porque no les valía hacerlos. No puedo negar haberlo sentido mucho, acordándome de tanto tiempo bueno como por mí pasó, y cuán mal supe ganarlo. Vínome á la memoria: «si esto se padece aquí; si tanto atormenta esta cadena; si así siento aqueste trabajo; si esto pasa en el madero verde, ¿qué hará el seco? ¿Qué sentirán los condenados á eternidad en perpetua pena?» En esta consideracion pasé las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañó ni quiso verme, y solo fuí solo entre todos.

Caminábamos á espacio, segun podiamos, y era harto poco, porque cuando yo iba libre, queria detenerse mi compañero á lo que le hacia necesario. El otro iba cojo de llevar el pié descalzo, y todos los mas muy fatigados. Eramos hombres, y como tales, en sentir ninguno se nos aventajaba. ¡Oh condicion miserable nuestra, y á cuántos varios y miserables casos estamos obligados! Llegamos á las Cabezas, y al salir dellas una mañana, ya que tendriamos andado poco mas de media legua, devisó uno de nosotros á un mozuelo, que venia acia el pueblo con una manada de lechoncillos de cria, y pasando la palabra de unos en otros, nos pusimos en ala, como si fueran las galeras del turco, y hecho de todos una media luna, les acometimos de tal órden, que, cerrando los cuernos delanteros, nos quedaron en medio, y á bien librar del mozuelo, venimos á salir á lechon por hombre. Bien que dió gritos, haciendo esclamaciones, pidiéndole al comisario que por un solo Dios nos los mandase volver; mas él se hizo sordo, como quien habia de ser el mejor librado, y nosotros pasamos adelante con la presa.

Cuando á la venta llegamos á sestear, quisiera el comisario que partiéramos el hurto con él; que pues habia sido consentidor, tenia la misma parte que cualquier agresor. Mandó que le asasen uno, y sobre cuál habia de dar el

suyo se levantaba un alboroto de la maldicion, porque no habia en todos nosotros tres que tuviesen uso de razon. Cuando ví el motin, y que pudiera justamente hacerme á mí mas cargo por de mas entendimiento, dije: «señor comisario, aquí tiene vuestra merced el mio á su servicio, y si gustare dello, pues hay harta gente de guarda, mande vuestra merced que me deshierren, que yo se lo aderezaré de mi mano, que aun reliquias me quedaron de tiempo de un buen cocinero.» Agradecióme mucho el cumplimiento, y dijo: «verdaderamente, después que vienes á mi cargo, he reconocido en tí cierta nobléza, que debe proceder de alguna buena sangre; yo te agradezco el presente, y holgaré comerlo como lo tienes ofrecido.» Sacóme de la cadena, y encomendándome á las guardas, pedí el recaudo que fué necesario, y segun el malo que allí habia, no pude mas que sazonarlo bien de asado, con sus huevos batidos y sal. Quisiérale hacer algun relleno, me faltó lo necesario; hícele una salsa de los higadillos que le supo muy bien.

Habian llegado en la misma ocasion unos pasajeros, los cuales no poco les pesó de hallarnos allí, por parecerles que aun las orejas no tenian seguras de nosotros. La mesa en que habian de comer era una banca larga llegada junto á un poyo; la comida se aderezó para todos junta, el comisario les hizo cumplimiento, sentáronse los tres á la hila, y el uno dellos tomó su portamanteo, y poniéndolo á sus piés debajo de la mesa, puso también unas alforjas en que traia queso, la bota del vino y un pedazo de jamon, y para poderle sacar mejor, desvió por delante un poco el portamanteo, dejando las alforjas entre medias dél y de sus piernas. Yo, cuando ví que tanto se recataba, sospeché que no sin causa; y pidiéndole un cuchillo á la huéspeda, lo metí en el brazo por entre la manga, y poniéndo un barreño grande con agua debajo de la mesa, y en él una garrafa de vino á enfriar para servir al comisario, cada vez que me bajaba para querer dar vino trabajaba un poco en el portamanteo, hasta que habiéndole quitado las hevillas y dándole una gentil cuchillada, pegada con la cadenilla, saqué dél dos envoltorios pequeños y algo pesados, los cuales acomodé por luego en los calzones, y volviendo á ponerle las hevillas, quedó todo cubierto, sin dejarse ver alguna cosa del hurto. Acabaron de comer, alzóse la mesa, y hecha la cuenta se fueron los forasteros, y nosotros comenzamos á querer aliñar para querer también hacer lo mismo. Soto, mi camarada, iba en otra cadena diferente, que no poca pena me daba no poder ir parlando con él; mas antes que me herrasen, lleguéme á él de secreto, y díle los dos lios que me los guardase para poder después en mejor ocasion saber lo que llevaba; recibiólos alegremente, y matando su lechoncillo sin que se lo sintiese alguno, se los metió en el cuerpo, y abocóle las asadurillas á la herida, de manera que no se cayesen, y mejor pudiese tenerlos encubiertos. Ya cuando me quisieron meter en la cadena, roguéle al comisario me hiciese merced en acomodarme con mi camarada, y él de muy buena gana lo hizo: sacó á uno de los de aquel ramal, y trocónos.

Ibamos caminando perezosamente, segun costumbre, y á pocos pasos andados, díjele á Soto: «¿qué os digo, camarada? ¿Dónde guardaste aquello?» El, como si no me conociera ni le hubiera dado alguna cosa, se hizo tan de nuevas, que me hizo sospechar si acaso habria bebido al uso de la patria, y estaba trascordado; íbale haciendo recuerdos de cuando en cuando, y él negaba siempre, hasta que mohino me dijo, «¿venís borracho, hermano? ¿Qué me pedis, ó qué pedistes, que ni os entiendo ni os conozco?» No puedo exagerar el coraje que allí recebí de semejante ingratitud en un hombre á quien yo tanto habia regalado siempre, que bocado no comí sin que con él partiese, ni real tuve de que no le diese medio, y que también habia de tener en aquello su parte, que me negase amistad y lo que le habia dado. El era de mala digestion; alborotóse á mis palabras, desentonó la voz con juramentos y blasfemias, que obligaron al comisario á quererlo castigar con un palo. Yo, confiado en la merced que me hacia, le supliqué lo dejase, porque iba enojado; y queriendo saber la causa de tanta descompostura, y viendo que ya se queria quedar con todo, hice mi cuenta: si al comisario le digo lo que pasa, podrá ser que ya que no todo, á lo menos partirá conmigo y tocaré algo siquiera; no se ha de quedar este ladron con ello riéndose de mí. Determiné me á contarle lo sucedido, que no poco se debió de holgar por la codicia que luego le nació de quitárnoslo á entrambos. Mandóle á Soto, que luego diese lo que le habia dado; nególo valentísimamente; hizo que las guardas lo buscasen; hicieron su diligencia, y no le hallaron memoria dello: creí que también él hubiese hecho lo que yo, dándolo á otro. Díjele al comisario, que sin duda lo habria reunido entre los mas que íbamos allí, porque real y verdaderamente yo se los dí. El, viéndo que palabras blandas, amenazas ni otro algun medio era parte á que lo manifestase, mandó hacer alto para hacerle dar tormento; y como allí no habia otros instrumentos mas que cordeles, diéronselo en las partes bajas; y en comenzando á querer apretar, por ser tan delicadas y sensibles, y él, que siempre fué de poco ánimo, confesó dónde los llevaba. Luego le quitaron el lechon (que aun también se quedó sin él), y sacados los lios para ver lo que iba en ellos, hallaron en cada uno un rosario de muy gentiles corales con sus estremos de oro, que debian ser encomiendas diferentes. El se los echó en la faltriquera, prometiéndome hacer amistad por ello, y darme lo que yo quisiese. Soto se indignó contra mí de manera, que fué necesario volvernos á dividir; porque aun divididos, le pusieron guadañones á los pulgares, en cuanto iba caminando, porque cuando hallaba guijarros, me los tiraba.

Con este trabajo llegamos á las galeras, á tiempo que las querian despalmar para salir en corso; y antes de meternos en ellas nos llevaron á la cárcel, donde pasamos aquella noche con la mala comodidad que las pasadas, y allí peor por ser estrecha y estar ocupada; mas como tal ó cual así la llevamos, y habia de ser por fuerza, pues no podiamos, aunque quisiéramos, arbitrar ni escoger. Habló el comisario con los oficiales reales. Vinieron con los de las galeras y el alguacil real, y habiéndonos ya reseñado y hecho nuestros asientos, dieron su recaudo del entriego al comisario, y diciéndome que me veria y lo haria muy bien conmigo, tomó su mula y acogióse, que nunca mas lo ví. Para querernos pasar de la cárcel á las galeras, antes de sacarnos hicieron en ellas repartimiento, y á seis de nostros nos cupo ir juntos á una; y mis pecados, que así lo quisieron, el uno dellos era Soto mi camarada. Luego nos entregaron á los esclavos moros, que con sus lanzones vinieron á llevarnos, y atándonos las manos, con los guardines que para ello traian, fuimos con ellos. Entramos en galera, donde nos mandaron recoger á la popa, en cuanto el capitán y cómitre viniesen para repartirnos á cada uno en su banco; y cuando llegaron, anduviéronse paseando por crujía, y los forzados de una y otra banda comenzaron á darles voces, pidiendo que se les echasen á ellos: unos decian que tenian allí un pobreto inútil; otros, que cuantos habia en aquel banco todos eran gente flaca, y viendo lo que mas convenia, cúpome á mí el segundo banco adelante del fogon, cerca del rancho del cómitre, al pié del árbol, y á Soto le pusieron en el banco del patron. Dióme pena tenerlo tan cerca de mí por la enemistad pasada, que nunca mas pudimos digerirnos el uno al otro; él á lo menos, que tenia corazon crudo; porque yo jamás le negué amistad, ni le habia de faltar en lo que me hubiera menester; mas él quisiera que como el comisario se alzó con todo, se lo